

con su abuela, que es una verdadera anciana de cuento picaresco, arrugada, malhumorada y beata. Cuando los alemanes ocuparon el pueblo, fué necesario alojar a los oficiales, de dos en dos, en las casas menos humildes. En la de Margot penetraron un par de lanceros altos, rubios y garbosos. Naturalmente, la muchacha les gustó, y como ella no tiene nada de boba, notólo en el acto. «¿Dónde duermes tú?»—preguntaron los germanos a la francesita. «Aquí, en esta habitación»—contestóles ella, señalando la alcoba de su abuela. Por la noche, cuando las luces estuvieron apagadas, los oficiales penetraron en la habitación que se les había indicado, y con una violencia que sólo la guerra excusa, exigieron de la mujer allí encerrada el sacrificio de sus encantos. Margot oía, desde la cocina, en donde estaba escondida, las voces, y, si hemos de creer a los vecinos, reía, llena de regocijo. Al día siguiente, todo el mundo se enteró de la aventura, y desde entonces se habla más de ella que de las bombas. Hasta las viejas que se confiesan a diario ríen, entre sus velos negros, glosando la gentil malicia de la muchacha y preguntándose, ruborizadas, lo que la abuela puede a estas horas pensar de los que la visitaron en la oscuridad.

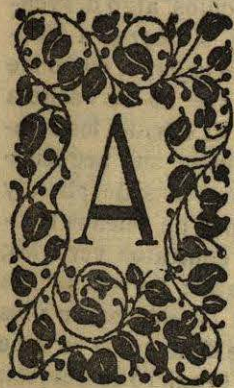
—¿Es eso lo que da un aspecto tan animado a la Ferté Gaucher?—le pregunto al narrador.

—Puede que sí—me contesta—. Aquí no había pasado nunca una cosa tan divertida.

Y yo pienso que tal vez dentro de algunos años, cuando no quede del paso de los invasores sino un recuerdo vago; cuando el pueblo haya recobrado su aspecto tranquilo, grave y silencioso; cuando el comercio de granos florezca de nuevo en el mercado, la gente comentará todavía la buena aventura, señalando siempre la casita de la esquina.

EN LOS CAMPOS DE MEAUX

22 de noviembre.



Lo ofr decir que fué aquí, en Meaux, donde los alemanes estuvieron más cerca de realizar su ensueño de dominación parisiense, tengo que hacer un esfuerzo geográfico para no contradecir a mi guía. Sin duda, en un mapa, se ve que la capital se halla a cuarenta kilómetros de distancia, lo que en nuestra época de vértigo representa media hora de automóvil. Pero, ¿quién piensa en mapas ante estos muros vetustos, en esta atmósfera venerablemente provincialiana?... Dejándonos llevar de nuestras impresiones, nos sentimos, en realidad, más lejos del Bulevar que en Burdeos. La catedral ostenta, en medio de una plaza silenciosa, su fachada carcomida por los siglos; en los puentes medievales, los molinos más antiguos de Francia apoyan sus tapias grises; el mercado tiene algo que hace pensar en las arcaicas *halles* de Flandes; el paseo de los Trinitarios es como un jardín claustral; las callejuelas, en fin, están pobladas de sombras y de fantasmas..

Y si el cuadro es antiguo y lejano, la existencia que en él se desarrolla lo es más aún. Sentaos a la puerta de un café un día cualquiera, y os creeréis ante una estampa de otro tiempo. Los burgueses marchan sin

prisa hacia los campos de las ferias locales, mientras las burguesas se encaminan, al son de las campanas, hacia las iglesias. No hay ni una puerta abierta, ni una ventana florida, ni una vidriera frívola. Gravemente, pausadamente, la pequeña ciudad vive su pequeña vida, sin emociones ni tentaciones. El ferrocarril que pasa por su *gare* no se detiene sino para llevarse sacos de trigo. En cuanto a los habitantes en general, prefieren seguir sirviéndose de sus tradicionales cochecillos, algo desvenecijados, para ir a Château-Thierry, a Lagny, a Coulommiers. En cuanto a París, *c'est un voyage*, como me decía hace un instante un molinero que no ha vuelto a la capital después de la Exposición. El sábado, los compradores acuden a la lonja para hacer sus negocios. Cada uno de ellos trae un saco de monedas de plata, y paga al contado; los *cabarets* se llenan de buenos campesinos que beben para sellar sus contratos verbales; los caballos se amontonan en las plazas; las muchachas se asoman a los balcones deseosas de ver pasar a los mancebos de las cercanías; la gente distinguida se mete en la catedral y se arrodilla junto al sepulcro de Bossuet; el vino hace evolucionar algunas canciones en el aire de la tarde, y a las ocho de la noche todo vuelve a recobrar su dulce calma secular.

Los alemanes mismos, con el estrépito de sus cañones, apenas lograron despertar a la ciudad de su sueño. Una docena de ulanos llegaron, el 3 de septiembre, hasta la plaza de la catedral sin encontrar una sola alma. ¿Dónde estaban los veinte mil feligreses de monseñor Marbeau? En sus carricoches, sin duda, la mayor parte había huido hacia el Sur. Pero ¿y los demás?... A fuerza de buscar, el jefe de los jinetes prusianos encontró una zapatería abierta, compró un par de botas, preguntó si el puente se hallaba intacto, y volvió a marcharse seguido por sus hombres. Al día siguiente la batalla comenzó en las inmediaciones.

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

Un amigo que estuvo aquí hace dos meses y que me acompaña ahora en mi peregrinación por los campos cubiertos de tumbas, me lleva por la gran ruta brumosa y fría hacia las aldeas mártires.

—¡Si hubiera usted visto esto después de la batalla! —exclama—. Yo tuve que dejar mi automóvil cerca de Cregy, porque la ruta estaba llena de cadáveres... ¿No ha contemplado usted nunca tal espectáculo?... Era una cosa horrible ver a los pobres soldados en posturas inverosímiles, conservando aún en la otra vida las últimas contorsiones de la agonía... Yo tenía que pasar por encima de ellos... Vea usted aquí este lugar, bajo este árbol... Aquí había un alemán con la boca abierta, enseñando los dientes, como si quisiera aún morder, con un aspecto de rabia y de odio que daba miedo... Otros, en cambio, dijérase que sucumbían perdonando; de tal modo la serenidad suavizaba sus rostros... ¡Y las heridas, santa Madona!... Hay obuses que se encarnizan hasta el punto de mutilar a un hombre con refinamientos dignos de los verdugos chinos de Mirbeau...

Mi amigo se detiene para contemplar largamente los campos que nos rodean. Meaux, con sus torres, se queda allá lejos, siempre tranquila. De todas las bombas que estallaron por aquí no le tocaron sino dos o tres. Su catedral y sus molinos están intactos. «La protección de San Esteban», dicen las viejecitas enlutadas. Los pueblos de sus cercanías, que no tienen, sin duda, santos, sufrieron más. Las baterías colocadas a la derecha del sitio en que ahora nos hallamos barrían toda la región.

—Allí estaban—murmura mi amigo, señalándome una altura hacia el Este, entre dos bosquecillos ligeros y temblorosos.

Toda esta campaña, en realidad, hallóse durante una semana bajo una lluvia de fuego.

En Chauconin, que yo había conocido en otro tiempo, risueño y claro en las márgenes del arroyo de Butel, y

más preocupado del precio de los quesos que de la política internacional, nos detenemos un instante. «En esa aldea— escribe Young en el siglo XVIII—sentí la verdadera dulzura de la vida campestre de Francia.» Ahora, ¡ay!, de todo lo que parecía destinado a existir en paz a la sombra de los castaños, no queda sino una visión trágica. Destruídas las casitas grises; incendiadas las granjas virgilianas; desiertas las callejuelas plácidas... En los muros que aún subsisten, las llamas han dejado sus huellas negras, y sobre los escombros las viñas virgenes retuercen sus sarmientos carbonizados.

En el camino que seguimos luego, lentamente, el mismo cuadro de desolaciones se repite a cada paso. Aquí es una *ferme* en ruinas; más allá, un *châlet* quemado; en el horizonte, una torre decapitada. Y ni siquiera tienen los habitantes de la comarca el consuelo de maldecir a los enemigos de su patria como autores de tanto duelo. Los obuses franceses fueron tan crueles cual los alemanes. ¡Es la guerra! La guerra ha llenado de tumbas la llanura ayer cubierta de flores... La guerra ha vaciado los molinos antes orgullosos de su opulencia... La guerra ha despoblado los corrales en los cuales el gallo galo cantaba su eterno himno al sol...

De Barey, otra joya aldeana, con su iglesia esbelta y sus tapias cubiertas de clematitas, no queda sino un montón de piedras dcminadas por la flecha agujereada del templo.

—Es en Monthion—me dice mi compañero—donde sentí la más horrible angustia de mi vida... Tomemos este camino y llegaremos en seguida, atravesando siempre el campo de batalla. Los alemanes pasaron por aquí...

Las tumbas, las enternecedoras tumbas rústicas, marcan, en el valle, los sitios de los combates. Cada grupo de cruces indica una trinchera. El aire frío hace flotar las banderitas tricolores con estremecimientos que pa-

recen dirigirnos señales desesperadas. De trecho en trecho encontramos un agujero profundo o un árbol caído. Son las huellas de los obuses. Las rutas vecinales, muy animadas en tiempos ordinarios, están desiertas. Los mismos rebaños, que constituyen una de las mayores riquezas de la Brie, han emigrado hacia otras campiñas menos asoladas por la metralla. La guerra ha convertido en un cementerio lo que fué un vergel.

¡La guerra!

—Aquí—exclama mi amigo cuando nos encontramos a la entrada de Monthion—, aquí fué, en la cuna del gran filántropo cuya gloria celebra cada año la Academia Francesa... Aquí mismo... Era por la tarde, dos días después de la retirada alemana, en pleno estío... El calor resultaba insoportable, y yo había subido a pie la cuesta... Por un vaso de agua que no fuera del Marne, del Marne enrojado, hubiera dado cualquier cosa... De pronto, sin embargo, mi sed se disipó... Yo no veía nada, ni hombres, ni animales, nada más que el espacio vacío... Pero de la calle que tenemos enfrente venía como una ola asfixiante, algo que me oprimía la garganta, que me amargaba la boca, que me impregnaba todo el rostro... Nunca, no, nunca había sentido yo igual angustia física...

—¿Y era...?

—El olor de la muerte...

Mi amigo se detiene para respirar con fuerza, sintiendo aún la obsesión de las sensaciones pasadas.

—El olor de la muerte—repite—; un olor espantoso, grosero y sutil a la vez, una cosa agria y pegajosa, un aliento que casi parecíame palpable, un soplo húmedo, espeso, negro... Sí... Un soplo negro... Porque yo lo veía en el espacio venir hacia mí y envolverme, buscándome siempre la cara, haciendo una espiral alrededor de mi cuerpo...

Otro silencio.

Luego, volviéndose hacia la ruta por la cual hemos pasado, murmura:

—Vámonos... Todavía huele aquí a muerto...

Callados desandamos el camino, siempre entre las tumbas. Una brisa fría, límpida, que no trae en sus alas sino aromas de heno seco, orea nuestros pulmones. Los pobres guerreros no se pudren sobre la tierra, sino que duermen en sus hoyos profundos. En las copas de los árboles, las hojas amarillentas palpitan ligeras. A lo lejos, el sol pálido del invierno tiñe de oro las nubes que pasan jugueteando ante su disco. Hay en el paisaje una paz melancólica que sugiere ideas de piedad, de bondad, de quietud. Pero mi compañero continúa respirando rabiosamente, cual si quisiera hacer salir de su pecho las últimas emanaciones macabras que lo torturan.

—¡Y pensar que en estos instantes hay otros sitios, otros muchos sitios, en Flandes, en Austria, en Alsacia, en Prusia, en Servia, donde otros hombres sienten lo que yo sentí aquella tardel—me dice.

Al llegar a Varedes, siempre entre tumbas, siempre entre ruinas, un anciano nos sale al encuentro y nos pide, para los pobres del lugar, una limosna por Dios: Todos son pobres ahora, y todos se ayudan los unos a los otros. Si tuvieran aún su cura, él pediría. Pero los alemanes se lo llevaron, nadie sabe adónde, junto con otros hacendados que no quisieron o no pudieron reunir la suma que se les exigía. El anciano nos da una hoja impresa en Ginebra, en la cual se hallan los nombres de estos infelices, que son diez y seis. Cuatro de ellos fueron fusilados en Coulombs. Otros han escrito desde Erfurt a la Cruz Roja. Hay cinco, entre los cuales se encuentra el párroco, de los que no se tiene ninguna noticia. «¡Si nosotros pudiéramos averiguarlo!» El aldeano nos ha tomado, sin duda, por personajes importantes, a causa de la generosidad de mi amigo.

—Nosotros también éramos ricos—nos dice—. El que

más y el que menos teníamos nuestras huertas, nuestras vacas, nuestras economías... Ahora no tenemos nada... Para que no incendiaran el pueblo, les dimos lo que poseíamos... Cuando se fueron no nos dejaron más que a los heridos que no podían andar, y en vez de tratarlos como merecían, los cuidamos hasta que vino una ambulancia de Meaux a llevárselos... Los infelices daban pena cuando vieron que sus compañeros les abandonaban, y lloraban temiendo una venganza... Los señores del castillo nos mandaron lo necesario para curarlos... ¡Ah!, y no puede decirse, sin embargo, que esos señores tengan que agradecer a los alemanes... Por fortuna, no estaban aquí durante los días en que fuimos invadidos... Los oficiales, que conocían bien el país, nos preguntaron si los dueños de Gué se habían ido, y cuando les contestamos que sí, se pusieron furiosos... Vayan a ver cómo han dejado aquello... Todo está roto: las bellas tapicerías, que venían de los abuelos, los muebles de lujo, los cuadros que cada año traían de París... ¡Todo!... El billar lo sacaron al parque y lo convirtieron en tiro al blanco... ¡Qué miserial... Cuando los nuestros llegaron y recuperaron el castillo, se encontraron con la mesa servida... Los alemanes se preparaban a comer y habían sacado de la cueva las mejores botellas... Un obús los hizo salir corriendo en ayunas...

El anciano nos señala con el dedo, en la dirección del Norte, el sitio donde se halla el castillo de Gué, en el pueblo de Congis. Luego, volviendo la vista hacia la calle de Varedes, en la cual nos encontramos, concluye:

—Después de todo, nosotros no tenemos de qué quejarnos, si nos comparamos con otros lugares vecinos en los que no quedan sino ruinas... Aquí no hubo incendio, gracias a Dios... Se contentaron con saquear las casas y con llevarse a unos cuantos...

En efecto, en la gran desgracia de las comarcas invadidas, los que sólo han sido víctimas del pillaje se con-

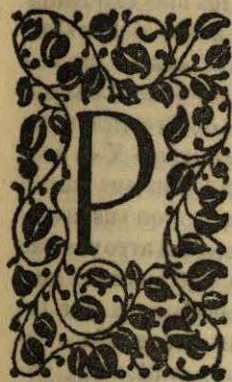
sideran felices, pensando en los que lo perdieron todo, hasta la vida, entre las llamas y bajo las bombas.

Meaux, adonde regresamos por la tarde, y que tan triste nos parecía unas horas antes, se nos presenta con una fisonomía llena de ventura. Sus casas se hallan intactas y sus habitantes no piden limosna. En sus molinos, las piedras seculares siguen moliendo el trigo. Las tiendas están abiertas, y en los cafés la gente comenta las últimas noticias de Ipres, de Verdun, de Reims. Las burguesas que vuelven del Avemaría no tienen caras de espanto y de hambre, como las pobres mujeres que viven entre los escombros cercanos. De los alemanes que pasaron una mañana, sólo la imagen queda, y nadie parece temer que vuelvan a aparecer. La calma provincial es absoluta. A la sombra augusta de las enormes torres góticas, la ciudad sigue viviendo, siempre muy lejos, muy lejos de París, y también muy lejos de los campos en los cuales las batallas continúan. Sólo el puente venerable, destruído por la dinamita, habla aún de cosas horribles. Pero la gente, resignada, dice:

— Es la guerra...

LAS RUINAS Y LOS HORRORES DE SENLIS

25 de noviembre.



OR los desfiladeros del bosque de Ermenonville nos encaminamos hacia Senlis. Las hojas secas forman, bajo los árboles, una alfombra que el viento hace ondular. Hay en el aire aleteos misteriosos, y entre las ramadas pasa como un suspiro. ¿Qué vamos a encontrar en la ciudad encantadora que hemos visto tantas veces en tiempos tranquilos, soñando sus ensueños nostálgicos a la sombra de la vieja catedral?..

Para mí, sobre todo, la aprensión es de una tristeza infinita. Mis compañeros no evocan sino paseos veraniegos por las márgenes de la Nonette y alegres almuerzos campestres en los jardines armoniosos del Valois. Yo, en cambio, tengo algo de mi vida, algo de mi adolescencia, guardado en esta comarca de boscajes ligeros, de campanarios esbeltos y de fuentes murmuradoras. ¡Ah! ¡Senlis, con su pradera blanca, entre las espesuras de las florestas; Senlis de mis vacaciones de antaño, el suave Senlis idílico, tibio, lleno de indulgencias y de murmullos discretos!... Lo que yo amaba hace veinte años, Dios sabe si queda ya. De la hostería hospitalaria en cuyos muros algunos pintores hoy famosos trazaron las imágenes de sus musas con sombrero de paja, tal vez sólo los escombros voy a encontrar... Un día ha bastado

para que la población que los siglos habían patinado con matices de eternidad se convierta en campo de ruinas. Las vistas que los periódicos parisienses publican desde hace tres meses, y en las cuales se ven los estragos de la metralla, y más aún el nombre de «Lovaina francés» impreso al pie de tales vistas, me hace temer visiones terribles de luto, dolor y odio. Nada, empero, menos trágico de aspecto que estos sitios, en los cuales las imágenes más elegantes se unen a los más exquisitos recuerdos históricos. Ahora mismo, a pesar del invierno, los sauces y los álamos conservan la gracia melancólica que hacía decir a Juan Jacobo Rousseau, cuando habitaba una cabaña de las cercanías de Ermenonville: «No hay cosa tan amable cual la Naturaleza.» Y es que, realmente, aquí es «amable» la soledad, con sus valles estrechos entre las espesuras del bosque, con sus estanques cubiertos de nenúfares quietos, con sus arroyos que juguetean escondiéndose a cada paso bajo sus helechos. Las hadas que Gerardo de Nerval encontraba por las tardes, cuando venía a calmar sus nervios en estos lugares, viven aún en los parques de los castillos que vemos a lo lejos. Allá, en el fondo, aparece la mansión señorial de M. de Girardin, que los reyes filósofos visitaron en el siglo XVIII. Las aldeas ilustres, cantadas por los poetas, van pasando ante nuestra vista: Chaulis, Montlognon, Borest... La casita del autor de *Emilio* debe encontrarse en un bosque cercano, siempre propicia a los que vienen en busca de poesía.

Nosotros, ¡ay!, no es eso lo que buscamos. Los tiempos del dulce meditar, siguiendo las huellas del «paseante solitario», han desaparecido, y nuestros vehículos, que no se parecen al que conducía hacia Ermenonville a Mme. Roland, corren desesperadamente para que podamos esta misma mañana llegar a Senlis.

Ya el bosque ha desaparecido.

En medio de lo que la gente de la Isla de Francia llama

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

«el desierto», un desierto de arena blanca cubierta de oasis verdes, las torres de la catedral acaban de surgir.

Hemos llegado...

En el hotel en que nos detenemos, a la entrada de la ciudad, un álbum desteñido, con un prefacio histórico de Boulanger, nos permite reconstruir en un instante lo que hoy ya casi no existe. «Hay que errar bajo los plátanos de la Alameda y que perderse por las calles que tienen aún nombres añejos, la del Pozo de San Santin, la del Gato Heret, la de los Quesos, la del Pichón Blanco. ¿No es al pie de esta tapia festonada de hiedra donde el caballero des Grioux lloraba pensando en Manón? ¿No vivió en este palacio sombrío el señor de la Gueritaude? Aquí y allá, en un jardín, en el ángulo de una calle, en una bodega, aparece la Edad Media; luego, el Renacimiento. Ved el Hôtel-Dieu de Gallande, con su altísima sala; ved el Hotel de los Tres Puentes, con su pórtico de ladrillo y piedra. El siglo XV: gárgolas, ventanas brillantes; y el siglo XVI: muros con pilastras, medallones, portones blasonados. En la encrucijada de la Licorne, en un rótulo, se ven tres estudiantes discutiendo con un mono que se bebe un jarro de vino. Más lejos la muralla domina el foso de los Asnos, donde los de la Liga abrieron una brecha en el sitio de 1589. Y de pronto, al volver de una esquina, entre dos casas, lánzase al espacio, cual una flecha, el campanario de Nuestra Señora.»

Este campanario, desde lejos, lo hemos visto intacto, dominando la ciudad. Como en Reims, los cañones enemigos no han cometido el sacrilegio de destruir el aéreo encaje de piedra de las torres. Pero, como en Reims, el techo del santuario ha sido presa del fuego.

El funcionario municipal que nos recibe nos explica con una frialdad de notario, lo que pasó a principios de septiembre. Las circunstancias trágicas que han puesto en sus manos el poder comunal, no parecen haber perturbado su calma provinciana. La *écharpe* que ciñe está

aún llena de sangre, y su despacho conserva las huellas de las más terribles escenas, El, sin embargo, nos acoge como si viniésemos a pedirle un certificado de matrimonio o una cédula catastral. Y, a decir verdad, esta sencilla y austera y sobria dignidad oficial, lejos de disgustarnos, nos agrada. Desde luego sentimos que no vamos a oír historias fantásticas, como las que en la fonda nos han contado unos cuantos bebedores de aperitivos. «¡Ah, señores! — nos decían aquellos buenos burgueses—. ¡Si ustedes hubieran visto los horrores que se cometieron aquí!» Y arrebatándose la palabra los unos a los otros, nos hablaban de ancianas quemadas vivas, de niñas mutiladas, de hombres enterrados en los patios de sus casas, de curas colgados por los pies en medio de sus iglesias incendiadas...

Pausadamente, el concejal se expresa en estos términos:

—Después de la batalla de Crepy en Valois, cuando las tropas inglesas encargadas de defender esta región se retiraron hacia el Sur, la ciudad comprendió que no podía defenderse, y se dispuso a rendirse. El alcalde, M. Odent, un anciano enérgico y recto en quien todos teníamos una absoluta confianza, fué el primero en aceptar, sin vanas quejas, el doloroso sacrificio. Al entrar en Senlis un coronel alemán, M. Odent adelantóse a recibirle, y le aseguró que la población, muy reducida en aquellos momentos a causa del éxodo del elemento adinerado, no cometería ningún acto hostil contra los vencedores. El coronel, un prusiano rudo, preguntóle si había hecho publicar un cartel recordando a sus paisanos que debían abstenerse de todas las manifestaciones peligrosas. Como las imprentas estaban cerradas, el cartel no se había impreso. En aquel mismo momento oyéronse algunos disparos en la inmediaciones. «Son los habitantes que tiran contra nuestros hombres», gritó el prusiano. Y sacando su revólver, agregó, amenazando

al funcionario municipal: «Si da usted un paso, lo mato.» En seguida una patrulla sajona comenzó a recorrer las calles, buscando a los ciudadanos notables, para guardarlos en calidad de rehenes; y como no conocía a la gente, arrestaba de un modo absurdo a todo aquel a quien encontraba, ya fuese un pobre obrero, ya fuese un rico comerciante. Tres burgueses que al ver a los alemanes quisieron esconderse en una taberna, fueron fusilados en el acto como sospechosos. Las mujeres enteradas de lo que sucedía, cerraban sus ventanas y se escondían en los graneros o en las cuevas. Un oficial que había sido enviado hacia las afueras para ver de dónde habían salido las descargas, volvió al poco rato declarando que se trataba de un encuentro entre una avanzada inglesa y una avanzada germana. «No importa—dijo el coronel—; yo considero eso como un acto provocado por los paisanos, y hago responsable a la ciudad. El alcalde y los notables detenidos serán enviados en el acto al cuartel general.» Así sucedió, en efecto. Encabezados por nuestro pobre M. Odent, más de veinte habitantes del lugar fueron llevados, a pie, atados codo con codo, hasta Chamant. Lo que allá pasó no podríamos creerlo si no tuviéramos el testimonio de los que salieron con vida de la aventura. Un oficial obligó a todos los prisioneros a acostarse en el lodo, y después de oír los informes que le enviaba el coronel, dió orden de que se fusilara en el acto a unos cuantos. Otro oficial intervino diciendo que era mejor no fusilar sino al alcalde. Este, al oír tales palabras, se puso de pie y declaró que estaba dispuesto a morir y que lo único que pedía era que no se hiciera daño a los otros rehenes, que no habían cometido ningún delito. El oficial que había pedido su muerte acercósele y lo mató con su revólver. En seguida, por orden del general, otros cinco fueron pasados por las armas. Los demás permanecieron acostados en el suelo, al lado de los cadáveres de sus

compañeros, hasta que por la noche fueron puestos en libertad. Al día siguiente los alemanes entraron en Senlis y comenzaron a saquear las casas. Un médico militar que se alojaba en la habitación del arcipreste de la catedral, le confirmó al digno sacerdote que sus jefes habían decidido hacer en Senlis lo mismo que habían hecho antes en Lovaina. «El pretexto — le dijo — es que los paisanos han tirado contra nuestros soldados; pero, en realidad, lo que se desea es hacer un escarmiento para inspirar miedo a las demás poblaciones invadidas.» El arcipreste corrió hacia el Hotel del Norte, donde se hallaba el general, y ofreció su propia vida en holocausto para salvar a sus feligreses de los horrores del incendio. Los militares con quienes habló se rieron de él y le aconsejaron que se metiera en su iglesia a rogar por el alma de Joffre y de Poincaré. La verdad es que casi todos aquellos alemanes estaban borrachos. No contentos con lo que encontraron en las bodegas de la ciudad hicieron traer del castillo de Chamant, famoso por sus reservas de licores añejos, más de mil botellas de *cognac*. En cuanto al *champagne*, sería imposible contar el número de cajas que sacaron de las tiendas. Los oficiales en persona iban a buscarlas y las hacían transportar a sus alojamientos por los propietarios, a quienes, en general, les daban algunos golpes como recompensa. Los soldados se contentaban con pillar las tabernas. Aquí, cerca, en la rúe de París, había un *marchand de vin* rico, en cuyo almacén se instaló un grupo de alemanes durante dos días para comer y beber a su gusto. Cuando ya no quedó nada en los estantes, los borrachos, exasperados, mataron al dueño, un infeliz llamado Simón, e hirieron a un dependiente que se llama Vaner. En otro almacén de vinos, un sargento penetró a caballo y se hizo una herida en la cabeza. Cuando sus camaradas lo vieron ensangrentado, dispararon sus fusiles contra los espejos y trataron de matar al almacenero, que, por for-

tuna, pudo escaparse. Pero lo más terrible fué el día en que tuvieron que abandonar la ciudad, huyendo de nuestras tropas, que se aproximaban vencedoras. Metódicamente incendiaron las casas en las cuales habían sido alojados. Ya verán ustedes cuántos horrores... Y en medio de los horrores, como casi siempre, algo de grotesco... El 3 de septiembre, a eso de las ocho de la noche, unos soldados que pasaban cantando por la rúe Apport-au-Pain creyeron ver, en la sastrería de M. Durand, a unos hombres que los esperaban escondidos para atacarlos. «Entrad en la tienda y levantad los brazos», les gritaron. Los hombres misteriosos no hicieron caso. Entonces los soldados comenzaron a disparar; pero por más tiros que daban a los emboscados, no conseguían hacerlos caer. Al fin un sargento acercóse, con su sable en la mano, y vió que sus enemigos no eran más que los maniqués del sastre... La risa fué general... Pero, ¡ay!, para vengarse del escarnio de la suerte, los alemanes incendiaron la tienda y fusilaron al sastre... De los fusilados, entre los cuales se encontraba el alcalde, toda la prensa del mundo ha hablado. En cambio no he visto que se haya hecho la menor alusión a los infelices que sucumbieron sirviendo de trincheras vivas a los alemanes. Al penetrar en la ciudad, en efecto, los soldados enemigos cogieron a todos los que encontraron en su camino, y los obligaron a marchar delante de ellos, para que las balas de la guarnición francesa los matasen. El secretario de la Cruz Roja y el director del Hospital de San Vicente, a pesar de sus brazales, fueron colocados así como parapetos para que los alemanes tiraran refugiados detrás de ellos. Todos aquellos pobres hombres murieron, claro está... Uno solo se salvó, un tabernero llamado Paul Bleuze, que durante dos horas estuvo entre las balas alemanas y las balas francesas... Esta costumbre antigua de los «parangones», que ya ningún pueblo civilizado se atreve a adoptar, es una de las que mejor indican la reacción

hacia la barbarie que Alemania impone a la guerra... Beber, saquear, incendiar; he ahí el fondo de la campaña... En su delirio, no respetan ni iglesias, ni conventos, ni hogares... La primera noche, un grupo de oficiales prusianos, después de arrastrar sus sables por las calles desiertas, fué a llamar a las puertas del convento de San José. La superiora salió en persona a recibirlos, y con calma y dignidad se opuso a que penetraran en el claustro, como querían hacerlo. «Bonitas monjitas—exclamaban—, bonitas santitas.» Y se reían a carcajadas. Al fin, viendo que era imposible entrar, aseguraron a la superiora que se irían si les daban unas cuantas botellas de *champagne*. «Aquí no hay *champagne*», contestó la madre. «Sí..., sí...; en Francia siempre hay *champagne*, hasta en los conventos...» De pronto oyóse en la calle un estrépito de jinetes. Uno de los oficiales asomóse a la puerta y murmuró: «El general.» Entonces todos suplicaron a la superiora que cerrase la puerta y que los escondiese, pues si los encontraba allí el jefe los castigaría. «Cuando haya pasado, nos iremos sin pedir nada»—dijeron—. La madre cerró la puerta, y diez minutos después, al ver que la calle estaba de nuevo tranquila, la abrió para que los militares se marcharan. Pero, a pesar de su promesa, no querían irse sin el *champagne*. La superiora les dió las botellas de vino de quina que tenía en la enfermería, y así logró que se marcharan... «Estaban borrachos—aseguró la santa mujer para excusarlos...—; estaban borrachos.» Es verdad..., todos estaban borrachos, siempre borrachos... Ya verán ustedes lo que aquella borrachera significa...

Lo vemos, en efecto. Como en Reims, como en Arras, como en Soissons, no se puede dar un paso en este dulce Senlis sin encontrar las huellas de las llamas. Calles enteras, las más bellas calles, están convertidas en campos de escombros. Los nobles hoteles del siglo XVII, los bellos edificios que conservaban el recuerdo de las épo-

cas gloriosas del obispado, los monumentos venerables cuyas tapias blasonadas eran el orgullo de la comarca; todo lo noble, y junto a lo noble lo humilde; las casitas burguesas, construídas con los productos de muchos años de sacrificios pacientes; las tiendas casi aldeanas de los barrios bajos, todo lo que encontraron al alcance de sus bombas incendiarias, fué pasto de las llamas. Pero aquí el espectáculo es aún más triste que en otras ciudades, pues se ve desde luego que no han sido los cañones los que han asolado, sino los hombres; que no ha sido la guerra la culpable, sino la locura destructora de la horda. El médico militar no le había mentado al arcipreste. Los generales prusianos querían dejar, en los campos de la Isla de Francia, un ejemplo que no fuera miserable cual el de Courtacon, y decretaron la muerte de la hidalga y antigua población, cara al alma de los poetas.

¡Ah! ¡Senlis, mi dulce Senlis gris y tranquila que, en medio de tus frondas, a la sombra augusta de tus torres medievales, aparecías cual una bella del bosque durmiente, cuán lejos estabas, hace veinte años, en la época en que yo buscaba en tu seno de piedra y de hiedra mis primeras lecciones de melancolía, de figurarte que una tarde trágica la voz del cañón vendría a despertarte con inaudito sobresalto! En tu siesta interminable había ensueños nostálgicos, pero no pesadillas guerreras. Existías en tu pasado fastuoso más que en tu mediocre presente; existías aletargada, soñando siempre, acariciando siempre imágenes desvanecidas, murmurando siempre nombres que ya nada significan; y en tu deseo de no dejarte turbar por el estrépito de los trenes que pasan por tus campiñas llevando hacia regiones activas las fiebres de París, hacías que tus campanas te cantaran sin tregua el salmo ilusorio de esplendores remotos. La vida parecía haberte condenado a la más lenta, a la más suave de las muertes. Ya no tenías ni

duquesas, ni nobles caballeros, ni abates galanteadores. Ya no tenías ni siquiera un obispo, tú que siempre te llamas episcopal. No tenías más que tu paz infinita, perfumada por las rosas de tus parques abandonados. No tenías más que tus muros blasonados. ¿Qué daño podía tu gracia doliente hacer al mundo? ¿Qué interés podía tener la vida en interrumpir tu sueño?

Cuando nos alejamos de la ciudad, uno de mis compañeros murmura, como para excusar lo que ha visto:

—Las necesidades de la guerra moderna son terribles.

Horribles, sería más exacto.

Por fortuna, he aquí de nuevo el bosque, intacto, impasible y feliz. Las chozas humeantes nos hablan de la bienaventuranza de la existencia campesina igual hoy que en los siglos más remotos.

Un olor penetrante y sano de tierra mojada sube del seno de la espesura entre murmullos de hojas secas que se dispersan. Los viejos leñadores pasan, pausados, y al ver la rapidez de nuestros automóviles, se detienen un instante, cual si quisieran darse cuenta de las razones que pueden tener los hombres para ir tan de prisa. En la calma de la tarde, dijérase que algo del alma de Rousseau flota aún entre estas enramadas, aconsejando paz, dulzura, amor, hermandad. Cerca de Villemetrie, unas antiquísimas ruinas nos inspiran el deseo de detenernos. También ahí duerme el recuerdo de una guerra, de una guerra muy remota. «El rey Felipe Augusto —dice la crónica local— edificó esta abadía para conmemorar la victoria de Bouvines.» Y ante los enormes murallones destruidos, no por las llamas, sino por el tiempo, armoniosamente destruidos, la figura caballeresca del gran Capeto aparece como para hacernos ver cuán diferentes eran las luchas de los siglos que no conocían ni los obuses de melinita ni los fusiles de repetición, y en las cuales los reyes se batían lo mismo que

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

los soldados. El 27 de agosto de 1214, Felipe Augusto, sentado en las márgenes de una fuente, mojaba tranquilamente su pan en un jarro de vino, cuando Roberto La Truie le anunció que el emperador de Alemania Oto IV, con sus aliados los flamencos y los ingleses, acercábase. «No quieren dejarme comer»—exclamó el monarca montando a caballo—. Y luego, sonriendo, agregó: «Ya me lo pagarán, con la ayuda del señor San Dionisio.» Al cabo de poco tiempo la batalla comenzó. Los alemanes, al ver al rey de Francia a la cabeza de sus caballeros, se precipitaron contra él lanza en ristre. «El buen rey—escribe Guillermo el Bretón—blande su espada a derecha e izquierda, y avanzando siempre en medio de sus enemigos, derriba a muchos a su derredor, y así va abriéndose camino y buscando a Oto, hasta que un hombre, más audaz que los otros, le rompe las mallas de la coraza entre el pecho y la cabeza. La punta del hierro, manejado por mano vigorosa, entra hasta cerca de la piel, y el rey, que quiere sacárselo, retrocede; pero, sin lograrlo, cae de todo lo alto de su cuerpo. Extendido en un lugar indigno de su linaje, no puede tener reposo, pues los caballos lo lastiman con sus pies y los bárbaros lo atacan. Su fuerza natural le permite, no obstante, incorporarse y montar de nuevo a caballo, ayudado por los suyos. Entonces he ahí a Oto que llega seguido de sus alemanes, llenos de ardor. Felipe Augusto pica su montura y se precipita contra los infantes que lo han hecho caer, lleno de ira. Roberto La Truie hiere el corcel del emperador, que se desploma con su jinete. Gerardo de Horstmar se apea de su potro y lo ofrece a Oto. ¡Oh, digno caballero germano, merecedor de todos los elogios, por sacrificarse así, salvando a su señor! Oto huye, y detrás de él, para que su vergüenza sea menor, huyen también los sajones. El rey de Francia hace prisioneros al conde de Flandes, al conde de Bolonia y al conde de Salisbury, y los lleva a París, donde es